



Hilary
Mantel Aprender
a hablar



Aprender a hablar

Hilary
Mantel

Traducción de
Albert Vitó i Godina

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1644

Título original: *Learning to Talk*

© Hilary Mantel, 2003

© por la traducción del inglés, Albert Vitó i Godina, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

La página 193 es una extensión de esta página de créditos.

Primera edición: abril de 2024

ISBN: 978-84-233-6507-4

Depósito legal: B. 4.276-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



*King Billy
Is a Gentleman*

Ahora mismo no puedo quitarme de la cabeza el pueblo en el que nací, más allá del remolino de tentáculos de Mánchester. Vivíamos demasiado cerca de la ciudad para tener una vida propia. Había un servicio de trenes regular, por lo que no hacía falta estar al acecho y estudiar sus costumbres. Sin embargo, los mancurianos no nos caían bien. «De ciudad, retacos y con maldad», supongo que esa era nuestra actitud; nos burlábamos de su acento concatenado y nos daba lástima su físico. Mi madre, lamarckista acérrima, está convencida de que los mancurianos tienen los brazos desproporcionadamente largos por el tiempo que llevan trabajando con telares. Hasta que (aunque esto fue más tarde) montaron una urbanización rojiza y los trasplantaron a centenares, como se hace con esos abetos que se arrancan por Navidad y a los que les mojan las raíces en agua hirviendo; hasta entonces, la verdad es que no tuvimos mucho que

ver con la gente de la ciudad. Y, sin embargo, si me preguntas si era un niño de campo tendré que responder: no, no lo era. Nuestro montón de piedras y pizarra, azotado por vientos implacables y cotilleos hostiles, no tenía lugar en una Inglaterra rural de bailes tradicionales y camaradería en la que la cerveza fluía a raudales. Era un lugar roto, estéril, desprovisto de árboles, una especie de campo de refugiados; y, aun así, con la desesperada permanencia que tienden a asumir los campos de refugiados. La nieve cubría las colinas hasta el mes de abril.

Vivíamos en lo más alto del pueblo, en una casa que yo consideraba encantada. Mi padre había desaparecido. Tal vez era su presencia, larga y pálida, lo que pasaba por detrás de la puerta aprovechando las corrientes de aire y le erizaba los pelos del lomo al terrier. Era oficinista; aficionado a los crucigramas, y un poco también a pescar con caña: a los juegos de cartas simples y a coleccionar los cromos que salían en los paquetes de cigarrillos. Se marchó una ventosa mañana de marzo a las diez, con sus álbumes y su abrigo de tweed, dejándose la ropa interior en casa; mi madre lavó las prendas y las donó a un mercadillo benéfico. No lo echamos mucho de menos, solo las pequeñas melodías que solía tocar al piano: «Pineapple Rag» una y otra vez.

Luego llegó el inquilino. Era del norte, un hombre de vocales largas y lentas que se detenía a paladear palabras que nosotros engullíamos en un abrir y cerrar de ojos. El inquilino era colérico; explotaba a la mínima. Era muy muy impredecible; si querías saber cómo estaría al cabo de un rato tenías que fijarte mucho, sin moverte y sin hacer ruido, recurriendo a todas tus intuiciones. Cuando crecí un poco pasé a interesarme por la ornitología, y decidí aplicar lo que había aprendido. Pero claro, eso fue más adelante, ya que en el pueblo no había muchos pájaros, solo gorriones, estorninos y una tribu denostada de palomas que transitaban envanecidas por las estrechas calles.

El inquilino mostró interés por mí y me sacaba de casa para que le pegara puntapiés a una pelota de fútbol. Sin embargo, yo no era un niño robusto y, a pesar de mis ganas de complacerlo, resultó que tampoco era muy hábil. La pelota se escabullía entre mis pies como un animalito asustado. Cada vez se alarmaba más por los ataques de tos que me dejaban sin aliento; inútil, decía, pero lo decía con temor en el rostro. Al parecer no tardó en darme por imposible y empecé a sentirme como un estorbo. Me acostaba temprano y me quedaba tendido en la cama despierto, escuchando los golpes y gritos de la planta baja; el inquilino necesitaba discutir como necesitaba desayunar. El terrier empeza-

ba a aullar y a gimotear, como si quisiera hacerles compañía, hasta que más tarde mi madre subía al primer piso, sorbiéndose la nariz y sollozando en voz baja. Yo sabía que no dejaría al inquilino, que estaba decidida a quedarse con él. En el sobre que él traía con la paga había más dinero del que jamás habíamos tenido en casa, y aunque al principio se limitaba a pagar el alquiler, con el tiempo pasó a dejar el sobre entero encima de la mesa para que mi madre lo abriera con sus dedos afilados y le devolviera apenas unos cuantos chelines para cerveza y lo que ella creyera que podía necesitar un hombre. Le habían subido el sueldo, me contó mi madre, lo habían ascendido a encargado. Era nuestra oportunidad en la vida. Si hubiera sido una niña, mi madre me habría confiado más cosas; pero yo las iba cazando sobre la marcha. Me quedaba tendido en la cama, despierto incluso después de que los pasos de mi madre subiendo la escalera dejaran de oírse y el terrier dejara de gemir, cuando las sombras se apoderaban de nuevo de los rincones de mi cuarto; dormitaba, deseando que la casa no estuviera encantada, que los años pasaran en una sola noche de manera que cuando me despertara ya me hubiera convertido en un hombre. Mientras empezaba a adormecerme, soñaba que un día se abriría una puerta en la pared; que la cruzaría e iría a parar a un país en el que yo sería el pequeño

rey asmático. Habría una ley contra las discusiones, en mi reino. No obstante, en la vida real llegaba la luz del alba, de un sábado tal vez, y no tenía más remedio que salir a jugar al jardín.

Los jardines que había en la parte trasera de las casas eran franjas alargadas y estrechas, desdibujadas por lo destartaladas que estaban las verjas; tras ellos había unos campos repletos de boñigas grises. Más allá de los campos estaban los páramos, unos embalses que parecían espejos y las pulcra franjas de coníferas verde claro y oscuro que atestiguaban las funciones de la Comisión Forestal. En esos jardines crecía poca cosa: hierba agreste, marañas de arbustos atrofiados, postes devorados por las hormigas y trozos de cable solitarios. Yo solía ir hasta el fondo del jardín para sacar largos clavos oxidados de la cerca desvencijada; arrancaba hojas del lilo y luego olía la sangre verde que me quedaba en las manos mientras pensaba en mi situación, que era bastante peculiar.

Resultaba que Bob y su familia se habían instalado en la casa de al lado durante una de las primeras fases del trasplante de gente procedente de la ciudad. Eso tal vez había marcado su actitud respecto a su porción de terreno. Nosotros observábamos con desconfianza el puñado de frambuesas llenas de bichos que crecían solas en nuestro jardín, los miserables lupinos que echaban semillas;

los últimos ruibarbos, que nadie cortaba ni llegaba a cocinar nunca. Sin embargo, Bob había cercado su jardín como quien protege lo más profundo de su alma: como si custodiara el Santo Grial en su invernadero y los vándalos estuvieran aullando, acuartelados en los campos repletos de boñigas. El jardín de Bob era militar, era correcto; sabía a quién servía. La vida crecía de forma ordenada; las semillas llegaban al suelo procedentes de paquetes, brotaban con puntualidad y crecían firmes para que Bobby pudiera pasar revista. Las macetas vacías estaban apiladas como cascos, y las cañas encrepadas parecían bayonetas. Había conquistado y consolidado hasta el último centímetro de terreno. Era un hombre flaco, de gran barbilla y con la mirada azul y vacua; jamás comía azúcar blanco, solo moreno.

Un día, por encima de la verja apareció Myra, su esposa, criticando lo inmoral que era la manera de vivir de mi madre; cotorreó una secuencia incoherente de exabruptos sobre el ejemplo que estaba dando a sus hijos y a los niños de los jardines de los alrededores. Yo tenía ocho años. Clavé la mirada en ella mientras la boca se me llenaba de palabras violentas que quedaron contenidas dentro, salpicando sangre como si fueran dientes sueltos. Quería decirle que, para los niños de esos patios, y sobre todo los del suyo, no había ejemplos

que valieran. Mi madre, la destinataria de la diatriba, se levantó poco a poco de la silla en la que había estado tomando el sol; le dedicó a Myra una única mirada indiferente y entró en la casa sin mediar palabra, dejando a su vecina cacareando como un periquito desenfrenado posado sobre la cerca impecable de Bob. Myra era menuda, anodina, tenía cara de ratón y era magra como un corte sin nombre en el escaparate de una carnicería en una zona de derribos. Según mi madre, los brazos le llegaban por debajo de las rodillas.

Creo que antes de ese incidente las dos casas habían mantenido una relación amistosa. A partir de entonces, no obstante, Bob y sus preocupaciones (allí pondré nueve hileras de alubias, una colmena para abejas) se convirtieron cada vez más en objeto de nuestras burlas secretas. Bob salía de noche al jardín para huir del corte sin nombre que tenía por esposa. Cuando terminaba con sus misteriosas excavaciones, perforaciones y arados, se plantaba junto a la cerca y levantaba sus ojos deslucidos hacia las colinas con las manos en los bolsillos; silbaba una melodía, desentonada y lastimera. Solo podíamos divisarlo desde la cocina, a través de las frías y húmedas neblinas nocturnas que formaban parte del clima por aquel entonces. Luego mi madre corría las cortinas, ponía la tetera sobre los fogones y se lamentaba de su vida; también se

reía del pobre Bobby, y se preguntaba qué daños sufriría su jardín antes de que volviéramos a dividirlo en el mismo lugar al día siguiente.

Porque las cercas de Bob no eran seguras. Eran elaboradas, eran refinadas, podríamos afirmar que estaban bien enhebradas, aunque tal vez es un adjetivo extraño, aplicado a una cerca. Eran como Stendhal en los estantes de la biblioteca del pueblo: impresionaban, pero no se adaptaban a ningún propósito que fuéramos capaces de discernir. Las vacas entraban; las observábamos al amanecer o al anochecer mientras se acercaban con cautela y con la cabeza levantaban el pestillo que había colocado Bobby; mientras lo pisoteaban todo, sorbiendo y masticando sus suculentos productos, satisfaciendo todos y cada uno de sus cuatro estómagos, con un leve regocijo en sus ojos rumiantes.

Pero Bob tenía un concepto más bien bajo de la inteligencia bovina, por lo que acusaba a su hijo Philip de haber dejado la cerca abierta y lo azotaba. Desde nuestro lado de los muros de piedra oíamos los arrebatos dementes de Bobby, sus explosiones de aflicción y desesperación cuando descubría los enrejados de los pepinos arruinados y soltaba unos alaridos que le salían directamente de las entrañas. Esa situación me proporcionaba cierta satisfacción. Tenía unos cuantos amigos; o mejor dicho, había otros niños de mi edad. Pero puesto que mi madre a me-

nudo me excusaba de ir a la escuela, siempre enfermo de una u otra cosa, me veían como un objeto extraño y decían que mi nombre, Liam, era ridículo. Eran niños salvajes, con costras en las rodillas y fervor en el corazón, de boca intolerante y ojos severos; tenían ritos, tenían reglas, y me excluyeron de su tribu. Casi era mejor estar enfermo; es algo que tienes que pasar solo.

Cuando iba a la escuela se notaba que me había rezagado con las lecciones. Nuestra maestra era la señora Burbage, una mujer de tal vez cincuenta años con el pelo ralo y rojizo y las puntas de los dedos amarilleadas por los cigarrillos. Una vez me obligó a ponerme en pie para explicar el proverbio «Nunca arruines el barco por un penique de brea». Así era como se educaba a los niños en esos tiempos. Siempre llevaba una bolsa enorme de tartán y cada mañana la descargaba en el suelo, junto a su escritorio, de un pesado batacazo; al instante empezaban los gritos y los golpes. Vivíamos sometidos a una tiranía y, mientras soñábamos con vengarnos, un año entero de nuestra infancia pasó sin que nos diéramos cuenta. Algunos de los niños planeaban asesinarla.

Estudiábamos la naturaleza; sentados con los brazos cruzados tras la espalda, nos leía sobre los hábitos del verderón. En primavera tocaba el sauce ceniciento, que al parecer está considerado de interés

para los niños de todas partes. Pero no es la primavera lo que recuerdo: más bien esos días en los que teníamos las luces encendidas a las once y los tejados y las chimeneas de las fábricas temblaban tras una cortina de agua. A las cuatro de la tarde la luz del día prácticamente se había desvanecido, absorbida por un cielo oscuro; nuestras katuskas chapoteaban en contacto con el lodo y las hojas caídas, y el aliento quedaba suspendido en el aire fresco como un desastre inminente.

Los niños que habían estado escuchando a escondidas los cotilleos de sus padres me preguntaban cosas, sobre todo las niñas, intentando descubrir cómo dormíamos en casa. Para mí esas preguntas no tenían ningún sentido, pero aprendí a no responderlas. Hubo peleas: algún forcejeo, algún arañazo, nada serio. «Te enseñaré a pelear», dijo el inquilino. Puse en práctica sus consejos y dejé un reguero de lágrimas y narices ensangrentadas. Era el triunfo del conocimiento sobre la ignorancia, pero me dejó un mal sabor de boca, un temor respecto al futuro. Prefería huir a pelear, y cuando corría las cuestas se volvían borrosas y líquidas ante mis ojos y las costillas me dejaban el corazón atrapado como una langosta en una olla de agua hirviendo.

No tenía muy buena relación con los hijos de Bob. A menudo, cuando estaba jugando fuera, Philip y

Suzy salían a su jardín y me lanzaban piedras. Cuando lo rememoro, no comprendo cómo podía haber piedras en el jardín de Bobby; sin duda no había piedras tiradas por ahí que pudieran utilizar como proyectiles improvisados. Supongo que si encontraban alguna sabían que tirándomela a mí le hacían un favor a su padre. Y cuando este se volvió más raro y más huraño y empezó a comer cosas cada vez más peculiares, sin duda tenían que aprovechar la más mínima oportunidad de hacerle un favor.

Suzy era una mocosa despiadada, con la boca fina y ancha como la de un buzón de correos; se colgaba de la cerca y me provocaba. Philip era mayor que yo, unos tres años, tal vez. Tenía la cabeza como un coco modificado y una mirada gris y estrecha de puro desconcierto, y movía el cuello hacia un lado como si se entrenara constantemente para evitar los golpes que recibía por culpa de las vacas; quizá fuera la consecuencia de alguna conmoción cerebral. Respecto a los proyectiles que me lanzaba, no me costaba mucho mantenerme alejado del limitado alcance de su puntería; sin embargo, cuando conseguía esquivarlos con demasiada frecuencia y me daba cuenta de que lo estaba poniendo en ridículo, me encerraba en casa porque veía en su rostro una especie de rabia destructiva latente, como si en cualquier momento pudiera sa-

lir una criatura de su interior, una bestia más salvaje; y lo cierto es que desde entonces he vuelto a ver esa expresión en los rostros de perros grandes e inteligentes cuando están atados. Y con ello no quiero decir que considerara que Philip fuera un animal, ni entonces ni ahora; lo que pensaba era que todos tenemos una naturaleza oculta, una violencia secreta, y yo envidiaba el poder evidente de sus brazos delgados y nervudos, tan llenos de venas y nódulos como los de un hombre adulto. Le envidiaba, detestaba su naturaleza sometida y esperaba no ser como él. En una ocasión respondí arrojándole terrones y palos, aullando como un demonio todos los vituperios que fui capaz de recordar de los libros que había leído: *lacayo*, *cornudo*, *tunante* y *villano*.

A medida que pasaron los meses, la expresión de Bob se volvió cada vez más vacua y sus exabruptos, más peligrosos; incluso su ropa parecía compartir su incoherencia, ondeando tras él alocadamente, como si intentara regresar a la seguridad del guardarropa. Se compró un escúter que se averiaba cada día en lo alto de la colina, frente a la cola del autobús que llevaba al pueblo de al lado. Cada día había la misma gente, y cada mañana la misma gente esperaba aquel espectáculo con impaciencia. Durante esa etapa, Philip a menudo se aproximaba a la cerca y hablaba conmigo. Nues-

tras conversaciones eran recelosas y elípticas. Una vez me preguntó si sabía los nombres de los nueve planetas. Y sí, yo los sabía. Apuesto, dijo Philip, a que solo conoces Venus y Marte. Yo se los recité de corrido, los nueve. Los planetas tienen satélites, le conté. Un satélite es algo pequeño que da vueltas alrededor de algo más grande, le expliqué, sujeto a una órbita por fuerzas que van más allá de sí mismas; por eso Saturno tiene, entre otros, a Dione, Titán y Febe, mientras que Marte tiene a Deimos y Fobos. Y cuando dije «Fobos» noté que se me formaba un nudo en la garganta, ya que sabía que la palabra significaba «miedo»; pronunciarlo equivalía a sentirlo, y a evocar las preguntas incómodas, el inquilino, la puerta en la pared y las sombras de la noche que se avecinaba.

Entonces Philip me lanzó piedras. Entré y me puse a dibujar sentado a la mesa de la cocina, pendiente del reloj por si el inquilino volvía a casa.

El caso es que Philip y yo no íbamos a la misma escuela. Nuestro pueblo estaba dividido, y aunque los mayores eran tolerantes, o tal vez desdeñaban la religión, inmersos en sus quinielas de fútbol y sus contratos de compra a plazos, los niños seguíamos con nuestras riñas y nuestros cánticos, la clase de cosas que podían oírse en las calles de Belfast o de Glasgow. Suzy cantaba con su careo desafinado:

*El rey Guille es un caballero
Lleva reloj con cadeneta.
El sucio papa es un pordiosero
Y pide por nuestra cuneta.**

Cerdos irlandeses, decía Philip. Puercos de lodazal. Por mis venas fluía la gasolina; los dedos me pedían pulsar gatillos; las oficinas de correos quedaban fortificadas detrás de mis ojos. Philip me tiraba piedras.

Mi territorio era cada vez más reducido: no podía contar con la casa, ni con el jardín; ni con mi hogar, ni con mi escuela. Lo único que me quedaba era el espacio que tenía tras las costillas, y también era un campo de batalla lleno de cicatrices, una zona de despliegues repentinos y campañas invernales. No le conté a mi madre lo de las persecuciones externas. En parte porque ella ya tenía bastante con lo suyo; en parte porque una vaga sensación de lástima invadía incluso mi duro corazón a medida que el malentendido sobre las vacas iba agravándose y la cabeza de Philip se encogía cada vez más, replegándose hacia el cuello en acti-

* «*King Billy is a gentleman. / He wears a watch and chain. / The dirty Pope's a beggar / And he begs down our lane.*» Canción popular de Belfast de carácter independentista. (N. del t.)

tud defensiva. Un día Bobby se llevó el escúter detrás de la casa y lo pateó de un modo salvaje; ya no sabíamos qué hacer.

Llegó un momento en el que nuestro vecino dejó de seguir unos horarios fijos. Se dedicaba a pasear por su finca con el ceño fruncido, torturado. Se tendía a esperar: a que llegara Philip, a que llegaran los animales, la Revelación. Se agazapaba tras su cerca en un rincón, esquelético en su mono azul de trabajo. Las vacas no acudían jamás, cuando las vigilaba. Mi madre miraba por la ventana con los labios fruncidos. La suerte depende de cada uno, decía. Los vecinos hablaban sobre Bobby. Ya no estaban pendientes de si mi padre volvía; en comparación, ese asunto ya no tenía ningún interés. Bobby desherbaba y escardaba sin dejar de lanzar miradas por encima del hombro. Nuestras circunstancias están mejorando, dijo mi madre: si te aplicas lo suficiente, irás al instituto. El pelo oscuro y brillante le rebotaba sobre los hombros. Podemos permitirnos tu uniforme, me dijo; en otros tiempos no habríamos podido. Entonces pensé que en el instituto me seguirían haciendo preguntas incómodas.

—¿Dónde está mi padre? —le pregunté—.
¿Adónde se fue? ¿Te ha escrito alguna carta?

—Qué sé yo, igual se ha muerto —dijo—. O está en el purgatorio y resulta que allí no hay sellos de correos.

El año que me examiné para entrar en bachillerato Bobby había plantado brezo en macetas. Estaba de pie frente a la cerca de la fachada, intentando vendérselo a los vecinos, insistiendo en lo nutritivo que era. A esas alturas el estatus de Myra ya no era comparable ni al de la escoria del asador del barrio; se volvió como una de las vainas o cáscaras marchitas de los tarros de cristal polvorientos con los que Bob se las arreglaba para ir tirando.

Llegó el cura para el Examen Religioso anual; era la última vez, para mí. Ocupó la silla alta de la directora y colocó sus anchos pies, enfundados en los zapatos de cuero calado, sobre el escalón de madera. Era viejo, y le costaba respirar; desprendía un olor extraño, una mezcla de lana húmeda, cataplasmas, jarabe para la tos y devoción religiosa. Al cura le gustaban las preguntas con trampa. Dibújame un alma, dijo. Un niño de pocas luces aceptó la tiza que le ofreció y trazó en la pizarra una forma que recordaba vagamente a un riñón, o tal vez una suela de zapato. Ah no, dijo el padre con un leve resuello; ah no, pequeño, eso es el corazón.

Ese año, cuando yo tenía diez años, nuestra situación cambió. Mi madre había acertado quedándose con el inquilino colérico; resultó ser un tipo con ansias de prosperar. Nos mudamos con él a una bonita ciudad donde la primavera llegaba pronto,

repleta de flores de cerezo, y donde los tordos correteaban por el césped bien recortado. Cuando llovía, la gente del lugar decía que era fantástico para los jardines; en el pueblo solían tomárselo como un lúgubre agravio más dentro de la serie que les ofrecía la vida. En ningún momento dudé de que Bob habría perdido la cabeza por completo entre las hileras saqueadas de lechugas, superado por la aflicción, el desconcierto y la deficiencia de hierro, con los huesos todavía sacudidos por nuestras risas mientras nos marchábamos. No pensé en absoluto en Philip. Lo borré de mi mente, como si nunca hubiera existido. «No debes contarle a nadie que no estamos casados», dijo mi madre, tomándose esa doble vida con alegría. «No hables jamás con nadie sobre la familia. No es asunto suyo.» No provoques a los que estén tras la cerca del jardín, pensé. Y no pronuncies nunca la palabra *fobos*.

Fue solo más adelante, al marcharme de casa, cuando comprendí que la gente suele ser despreocupada, que hablan con libertad, que viven con libertad. Que no hay secretos en sus vidas ni veneno en sus raíces. La gente que conocí entonces tenía una inocencia y una franqueza absolutamente ajenas a mi propia naturaleza; o si algún día había sido propia de mí, la había perdido mucho tiempo atrás en la neblina nocturna, entre esa oscuridad que llegaba a las cuatro, y que había quedado aban-

donada en los jardines, entre las cercas y las matas de hierba.

Me convertí en abogado; de algo hay que vivir, como suele decirse. Transcurrió la década de los sesenta entera y mi infancia pasó a pertenecer a un mundo muy anterior y mucho más gris. Era mi país interior, y a veces lo visitaba en sueños que me ensombrecían el día. Estalló el conflicto en Irlanda del Norte, mi familia empezó a discutir al respecto y los periódicos estaban repletos de fotografías de tenderos quemados con caras como las nuestras.

Ya era adulto, me había graduado y hacía tiempo que me había marchado de casa cuando Philip apareció en mi vida de nuevo. Fue en Pascua, en una mañana soleada. Las ventanas del comedor que daba al jardín de césped y rocalla estaban abiertas de par en par; yo era un visitante en mi propio hogar, desayunando con la tostada sobre una rejilla y la mermelada en un plato. Cómo se había visto alterada la vida, ¡alterada más allá de lo imaginable! Incluso el inquilino se había vuelto civilizado, a su manera; vestía traje y asistía a las reuniones del Rotary Club.

Mi madre, ya más rolliza, estaba sentada de-

lante de mí y me tendió el periódico local doblado para mostrarme una fotografía.

—Mira —dijo—, resulta que Suzy se ha casado.

Cogí el periódico y dejé la tostada en el plato. Examiné esa cara y esa figura que formaban parte de mi infancia. Ahí estaba ella, una novia radiante, blandiendo un ramo como si fuera una porra. En su abultada barbilla se dibujaba una sonrisa. A su lado tenía al que ya era su marido; un poco por detrás, como si fueran trucos de la luz, estaban las formas encorvadas e insustanciales de sus padres. Busqué por detrás de ellos una forma conocida: la de Philip agazapado, vagamente amenazador, solo medio encuadrado.

—¿Dónde está su hermano? —pregunté—. ¿Estuvo en la boda?

—¿Philip? —preguntó mi madre levantando la mirada. Se quedó sentada un momento con los labios separados, una imagen de incertidumbre, mientras desmigajaba un trozo de tostada con los dedos—. ¿No te lo contó nadie? ¿Lo del accidente? Creí que te lo había contado. ¿No te escribí para ponerte al día? —preguntó mientras apartaba su desayuno y me miraba frunciendo el ceño, como si la hubiera decepcionado—. Murió —dijo.

—¿Murió? ¿Cómo?

Se quitó una migaja de la comisura de los labios antes de responder.

—Se suicidó —me dijo; después se puso en pie, se acercó al aparador, abrió un cajón y revolvió los manteles y fotografías que contenía—. Guardé el periódico. Creí que te lo había mandado.

Sabía que me había alejado, que me había estado apartando físicamente, poco a poco, de la primera parte de mi vida. Había echado muchas cosas de menos, por supuesto, y aun así pensaba que no me estaba perdiendo nada relevante. Pero Philip había muerto. Pensé en las piedras que me lanzaba, en la bizquera desconcertada de su mirada, en las magulladuras que se le veían en las piernas nervudas por debajo de los pantalones cortos.

—Ya hace años de eso —añadió mi madre.

Se sentó de nuevo frente a mí, a la mesa, y me entregó el periódico que había guardado. El papel de periódico amarillea enseguida; podría haber salido de una biblioteca pública victoriana. Le di la vuelta y leí que Philip había muerto en una explosión. Todos los detalles del forense: y el veredicto, muerte accidental.

Philip había construido, dentro del cobertizo de Bobby, una bomba de azúcar y herbicida. Se había puesto de moda en esos tiempos lo de fabricar bombas caseras; lo habían popularizado los acontecimientos de Belfast. La bomba de Philip (se des-

conoce el motivo por el que quiso fabricarla) le había estallado en la cara. Me pregunté qué debía de haberse llevado por delante con la explosión: me imaginé el cobertizo hecho añicos, las macetas apiladas reducidas a polvo, incluso las vacas del campo levantando la cabeza con curiosidad al oír el estallido. Una idea irrelevante se coló en mi mente, esa Irlanda había acabado siendo su perdición; y mientras tanto yo seguía vivo, uno de los Provisionales de la vida, uno de los que llevaban la boina negra. Philip fue el primero de mis contemporáneos que murió. A menudo pienso en él. Herbici-da, me responde el cerebro: como si eso requiriera una réplica. Mi mecha es mucho más lenta.